

30.11.2014

A su Santidad el papa Francisco:
Me permito robarle unos minutos de su tiempo, los necesarios para leer estas líneas, nacidas desde el corazón de este exseminarista me llamo [redacted] y la razón por la cual le escribo, no es otra que apoyar a todos los que han estado callados y han sufrido el mismo maltrato físico y psicológico que yo y que por miedo o vergüenza, no han salido a la luz. Ha llegado el momento de unirnos y decirlo, porque lo que nos hicieron nos marcó y esos estigmas estarán ahí siempre.

Quiero que se nos escuche y no traten de acallar más este horror que padecemos, porque ya nos ignoraron otras veces, tapando y guardándose para que no se pusiera en entredicho sus acciones.

Me dirijo a su Santidad porque es en quien solo confío y en Cristo. Los últimos acontecimientos me han hecho revivir mi experiencia y heridas, que pensaba habían cicatrizado. Hoy vuelven a invadir mi mente haciéndome volver a los días de miedo y de abusos, que nos hicieron pasar en aquel seminario.

Seminario menor "San José" la Bañeza (León)
cursos 1985-1989, [redacted], siendo en
este último, el comienzo de todo.

Los sacerdotes encargados de nuestra
educación eran: D. Gregorio Rodríguez Fernández
(rector) y como tutores: D. Juan Herminio
Rodríguez Fernández, D. Francisco Javier Redondo
de Paz, y D. José Manuel Ramos Gordón.

Llegada la noche, tras una jornada de
clase y que haceres nos retirábamos al
dormitorio. Cada curso tenía su propio
dormitorio común, donde entre cama y cama,
nos separaba un pequeño tabique. Aún
puedo sentir en el silencio de la noche de
aquel dormitorio, el frío pero suave tacto
de D. José Manuel Ramos despertándome. Allí
arrodillado en un lateral de la cama,
suavemente me iba tocando los muslos, mis
nalgas, con mucha delicadeza, despacio para
que no despertase. Todo era silencio, mientras
su mano avanzaba hacia mi pene, un
pensamiento invadía mi mente.

¿Era verdad? ¿realmente estaba sucediendo?

Los intentos por dormir boca-abajo
tampoco eran de ayuda, un escalofrío te
recorría el cuerpo, te despertabas sabiendo
que te estaba tocando, no podías hacer
nada para evitarlo, tan solo pensar que en
algún momento terminaría, que quizás otro
día no serías tú, que otro de los compañeros
sufriría ese mismo miedo.

Cuando por fin terminaba se marchaba como había venido, en el más completo de los silencios, y tu permanecías allí, roto, lleno de miedo, llorando, intentando comprender y con la triste esperanza de que, la siguiente noche quizás, no iría a por tí. Por desgracia ese compañero fue [redacted]. Más de una vez, lo encontré (bien entrada la noche) escondido en los baños, con el rostro desencajado, los ojos llorosos y temblando, la impotencia de no poder hacer nada, recuerdo decirle: "vamos a la cama" y él, con los labios titubando responderme "No, sé que él va a venir"...

Como los abusos por parte de D. José Manuel continuaban, tanto hacia mi persona como hacia [redacted] dos compañeros más ([redacted]). Tras hablarlo entre nosotros decidimos contárselo (con mucha incertidumbre) al rector D. Gregorio, que, atónito ante las palabras de [redacted] y [redacted] (que he de decir que fueron mucho más valientes que yo, ya que llegado el momento, me entró el pánico y no entré).

El rector ojiplático solo podía preguntarles ¿qué os toca? ¿qué os toca?

Pensábamos que el hecho de que [redacted] y [redacted] le denunciaran al rector, sería el fin de aquel calvario, nada más lejos de la realidad. Como si de una simple chiquillada se tratase nadie hizo nada. El silencio por respuesta. Lo único que conseguimos fue entrar en un círculo de castigos. Nos castigaban con ir a dormir a la sala de peluquería, y él venía a despertarnos a cada hora. El trato tampoco mejoró en misa, se acercaba y cogiéndonos del brazo, nos susurraba con ira al oído ¡¡ cantad !! ¡quiero ver como se mueven vuestros labios! ¡¡ vais a dejar aquí la piel !!

Pasaron meses sin que nadie frenara los abusos, las noches se habían convertido en miedo, miedo a dormir. Tanto era el temor, que incluso, llegamos a poner en la puerta del dormitorio papel higiénico, para que al abrirse la puerta, quedara desplazado, así sabríamos que él había estado allí.

Incluso [redacted], un fin de semana que fue a casa, se trajo un cuchillo, que guardaba bajo su almohada.

[redacted] y yo, volvimos a pedir auxilio, en esta ocasión fuimos a hablar con el tutor de 6º, D. Francisco Javier Redondo. Con el semblante serio, preguntó: "¿Se lo habéis dicho a alguien más?"

A lo que [redacted] y [redacted] respondieron
"sí, a D. Gregorio." "no debísteis hacerlo"
replicó "pero dejarlo en mis manos."

Parecía que por fin alguien haría
algo por nosotros. ¡NADA! no hizo nada, por
segunda vez nos ignoraron, dejándonos a
merced de los caprichos sexuales de
D. José Manuel. Pasaron los días, los exámenes
y el curso.